

# Sonata para un príncipe

Juan Antonio Madrazo Luna

Coordinador Nacional del *Comité Ciudadanos por la Integración Racial*

La Habana, Cuba

Carlos Acosta Quesada acaba de recibir tardíamente el Premio Nacional de Danza 2011, del Consejo Nacional de las Artes Escénicas (Ministerio de Cultura). Este excepcional bailarín de origen afro, embajador de buena voluntad y ciudadano del mundo, aun es un desconocido en su país.

Es un hombre que ha triunfado desde la resistencia. Nació (1973) en el municipio capitalino de Arroyo Naranjo. Su padre era descendiente de esclavos del ingenio de los Acosta en San Juan y Martínez (Pinar del Río). Concluyó sus estudios de ballet en la Escuela Nacional (1991) de la mano de la quinta joya del Ballet Nacional de Cuba: Ramona de Saa, bautizada como su hada madrina, y de Mirta Hermida, quienes esculpieron su futuro. Fueron la guía y en esa relación de profesor a alumno se tejió una comunicación horizontal como la que puede existir entre padres e hijo. Ambas, junto a Lázaro Carreño, su maestro en el último nivel, pusieron todo su empeño y profesionalidad pedagógica para llevarlo al nivel más alto.

Gracias al intercambio académico y cultural entre la Escuela Nacional de Ballet y el Ballet de Nuevo Teatro de Turín (Italia), Carlos fue escogido junto a otro novel bailarín, Ariel Serrano, para integrarse al trabajo de

la compañía italiana, que sirvió de antesala a su preparación para el *Grand Prix* de Lausana (Suiza), que consiguió en la categoría juvenil.

En su vida de estudiante conquistó muchos premios, entre ellos el *Grand Prix* de la Bienal de la Danza de París, la Medalla Chopin de la corporación artística de Polonia y el Gran Premio de Jóvenes Intérpretes en Cuba. Les siguieron el Premio al Mérito en el Concurso para Jóvenes Talentos de Positano (Italia) y el Premio a los Jóvenes Artistas de la Fundación Princesa Grace (Estados Unidos).

En 1991 ingresó en la compañía nacional y llegaría a primer bailarín ese mismo año. Ha bailado junto a prestigiosas figuras como Sylvie Guillem y Lucia Savignano. Este mulato de oro, como lo reconocen admiradores y críticos, ha bailado con las compañías de ballet Nacional Inglesa y de Houston (EE. UU.). Ha sido artista invitado del Teatro Carreño (Caracas, Venezuela), el Ballet de Santiago de Chile y la Gala de las Estrellas del Ballet Mundial en los más importantes escenarios del mundo.

Es el primer cubano que logró bailar en la Ópera de París, donde casi todos sus bailarines provienen de su propia escuela. Antes lo habían hecho las bailarinas cubanas Alicia Alonso y Josefina Méndez. En esta compañía

interpretó la versión de *Don Quijote* de Rudolph Nureyev.

En su singular carrera Carlos Acosta ha interpretado príncipes, Espartaco, Romeo y Albrecht, algo tan difícil en la escuela cubana de ballet, que es un campo conflictivo para bailarines calificados como socialmente negros. Quienes logran escalar algún peldaño sienten la fatiga de la intolerancia y el látigo de la discriminación, como Andrés Williams, Pedro Martín, Catherine Zuasnábar y Caridad Martínez. Esta última es la actual directora del Ballet de Brooklyn y la primera mulata que hizo carrera en el Ballet Nacional de Cuba, pero nunca pudo interpretar Gisele por ser negra. Una bailarina para quien los coreógrafos Brian Mc Donald y Alberto Méndez crearon a su medida, no aparece en la galería del Museo Nacional de la Danza. Nunca se le han perdonado sus protestas ante los métodos de dirección de Alicia Alonso, sus quejas en cuanto a la visible discriminación y exclusión de bailarines negros.

La compañía nacional no logra un equilibrado paisaje epidérmico; en la laguna de la memoria queda aún anclada la ausencia de innumerables bailarines de origen afro excluidos de roles protagónicos, quienes pretendieron desde su proyección personal intentar danzar lo cubano. Carlos ha puesto en alto el nombre de Cuba y de esos bailarines que son injustamente ignorados por las autoridades políticas.

Al bailarín negro que intenta interpretar lo más clásico y romántico del ballet, la sociedad cubana continúa deparando un racismo bien marcado en cuanto a estereotipos y cualidades. En la Escuela Nacional, el ambiente se vuelve incluso más hostil que en la compañía nacional. La sociedad cubana es narcisista y el color de piel influye en las relaciones sociales. En la psicología de una parte nada despreciable de los cubanos, sin distinción racial, política o social, habitan estereotipos de que el negro es para el folclor y la danza moderna, no se adapta bien a la música europea, está fuera

de compás y no pueden interpretar príncipes. Todo se traduce en que aún no ocupan el lugar que merecen en esta manifestación de las artes escénicas.

Para Carlos Acosta bailar es una estación de gloria, su más íntimo espacio de libertad. Es un ícono indiscutible de la danza del siglo XXI y en él se reconocen los más variados rostros de quienes pasaron por las filas del Ballet Nacional y son hoy primera figura en compañías mundiales. Sus aptitudes han permitido colaborar con coreógrafos de diversas latitudes y estilos.

La revista *Dance Europe* lo eligió mejor bailarín (2004), protagonista de Espartaco en el Ballet Bolshoi de Moscú, compañía de mucha tradición que no suele invitar a otros. Carlos Acosta es el segundo extranjero al cual el Bolshoi confió el protagónico en toda la historia de 44 años del ballet *Espartaco*. Es un bailarín que con su maestría y carisma, ha cautivado a Estados Unidos y Gran Bretaña. Actualmente es bailarín invitado del Royal Ballet de Londres, el Ballet Kírov de San Petersburgo y el American Ballet Theater. Además ha sido merecedor de doctorados *honoris causa* en diferentes universidades.

La realidad ha demostrado que los afrodescendientes podemos interpretar a los grandes clásicos y tenemos todas las condiciones para personificar príncipes y *willies*. Particularmente estoy enamorado de la pareja que hace Carlos con Tamara Rojo en *Manon* y con Viengsay Valdés en *El Corsario*. Nuestro excepcional bailarín aún no ha sido distinguido por los medios después del tardío premio nacional. La revista *Cuba en el Ballet* es muy frágil en la promoción de la carrera y éxito de Carlos Acosta con relación a las revistas internacionales especializadas.

Este príncipe de la danza es un embajador de buena voluntad, ídolo de las nuevas generaciones, hombre y amigo del cual me siento orgulloso. Para él Cuba es su casa, su familia y sus amigos. Siendo un ciudadano del mundo necesita de ella para respirar.